A «Descolonizando mi deseo» solo pueden entrar personas migrantes y racializadas, por eso se presenta como «espacio no mixto». No es grupo para blancos. Este quizá sea el único lugar en el mundo en el que ser pareja de una mujer blanca y delgada no es prestigioso sino malrollero. Aquí Roci, aunque sea lesbiana, no es bienvenida. Aquí se mira con sospecha a la blanquitud por convicción, como una *performance* viva, para revertir la mirada cruel de siglos sobre nuestros cuerpos. Se mira al poder con intransigencia porque el poder también es racial. Es una manera vengativa y simbólica de reclamar lo robado. Estamos en España: a cambio nos reservamos el derecho de admisión a esta parcela. Es, si se quiere, un experimento pedagógico hacia fuera y hacia dentro otra forma de estar juntas, de reflexionar sobre lo que nos duele y soñar con una reparación. Lo primero que aprende cualquiera que tenga alguna curiosidad por el racismo en el mundo y una mínima voluntad de tomárselo como una llamada de atención al régimen, es que si esta nueva y reluciente hostilidad te parece inversamente racista no mereces estar aquí escuchando lo que tenemos que decir.

Estamos sentadas en círculo en la sala más grande de la okupa y cada una cuenta quién es, de dónde viene, por qué ha venido, con quién folla y qué le pesa. Somos todas mujeres, solo por casualidad, y al menos ocho de nosotras follamos con blancos o blancas, algunas incluso exclusivamente. La mayoría confiesa estar harta de sus matrimonios monógamos con señores o señoras españolas que las tratan con condescendencia, frialdad y con los que llevan meses sin tener sexo. Yo debo admitir, incómoda, que tampoco estoy follando mucho por primera vez en mi vida. Menos mal que aún tengo un marido cholo. Quién diría que en plena ola feminista Jaime iba a ser mi única herramienta para descolonizarme. Ah sí, y que estoy harta del poliamor. Cuento con un bochorno difícil de ocultar los últimos episodios de mi contradictoria vida, mi infidelidad anacrónica y los celos ingestionables dentro de mi relación abierta.

Empiezo a temer que esto sea como un grupo de follablancos anónimos que hemos venido a redactar los doce pasos. Para empezar, ¿por qué querríamos dejar de hacerlo? Una de las dinamizadoras toma la palabra. Es

una barranquillera grande, no binaria y marrón. La acabo de ver despidiéndose en el portal de su amante negra. Tiene mucho que enseñarnos. Me mira a mí y dice:

—No queremos dejar de follar con blancos, lo que queremos es empezar a follar entre nosotras. Hemos blanqueado el sexo, hemos blanqueado el amor, lo hemos racionalizado. El poliamor, por ejemplo, es una práctica blanca que no tiene en cuenta cómo funciona la circulación de la deseabilidad y sus límites para personas como nosotras, las feas de la fiesta. ¡Desconfíen de los ojos azules y de la lógica del progreso aplicada al cuerpo! Hemos dejado de desear y amar cuerpos como los nuestros, nos hemos alejado de nuestras propias formas de vida amorosa y sexual, de lo que nos sale del coño.

Lo intento, juro que lo intento. Pero cada vez que me empeño, el culo pequeñito, suave y blanco de Roci cobra vida en mi imaginación, le salen ojitos y me mira como un personaje de Bob Esponja. Hablamos sobre los y las follaindias y follanegras, blancos embargados de una culpa blanca que hace que se acerquen a nuestros cuerpos solo para fetichizarnos; pero también de lo que ocurre en nosotros, cuerpos racializados, por ese mandato, por haber aprendido que los cuerpos deseables son los blancos, delgados y normativos, mientras despreciamos lo que se parece a nosotros. La teoría me la sé. Pero cómo me la meto al cuerpo.

Cristóbal Colón me susurra al oído cada noche con voz de genovés su típica frase de pelotudo descerebrado: «Nunca se llega tan lejos, como cuando no sabes hacia dónde te diriges». Deseo a Roci en parte por eso, por el síndrome de Estocolmo. Porque ella no deja de avanzar sobre mi isla de mierda. Y ella me desea a mí porque le ayudo a borrar en parte la mancha colonial de su ADN. Al revés de cuando Colón supo que había oro en las Indias porque vio a una mujer llevando un *piercing* brillante, ella supo que me amaba cuando vio todo lo que me habían quitado. La conmuevo.

—Estamos aquí para poner en cuestión el deseo y descolonizar nuestras camas. Trabajemos duro en perder la fascinación por aquello que se nos enseñó como bello.

Vale, me cuestiono el deseo, lo hago con consciencia, pero me embarga la angustia. Cuando desaprenda esta fascinación por el colono, ¿seguiré queriendo hacer el amor con ella, compartir con la española mi vida, o tendré que dejarla? ¿Será esta la solución a mis problemas? Si la blanquitud es un régimen político, ¿soy como el negro de Vox? Todo lo que se entiende como bello y feo ha sido generado por ese sistema como axioma. «Lo bello es blanco y tiene alma», dice nuestra gurú mientras explica que un cuerpo no

blanco no tiene posibilidades de ser deseado en ese marco, pero tampoco de ser amado, porque el paradigma no solo es estético, es moral y educa nuestro sentido del amor.

—También amamos lo que consideramos deseable como producto de una programación racista. ¿Y lo feo qué es? Somos nosotras.

La barranquillera termina de decir eso que me remueve, lo del orgullo de las feas, de las expulsadas del reino y propone una dinámica, pone su mochila en el centro del círculo y empieza a sacar unos dildos de cristal y los reparte entre nosotras. Nos reparte también unos trozos de cuero, tijeras y nos enseña a confeccionar nuestro propio flog. Nos dice que vamos a jugar al juego del colono. Se quita toda la ropa muy rápido, la tira al suelo y dice «Soy Lucre y esto es lo que soy». Se toca partes del cuerpo, se da la vuelta, estira los brazos en señal de «Esto es lo que hay» y nos pasa el testigo.

Las demás se organizan. Yo me quedo sin pareja como en las clases de educación física en el cole y Lucre viene a ayudarme. Tiene las tetas casi tan grandes como las mías pero mucho más redondas, las caderas anchas y un culo vasto. No es fácil estar vestida al lado de alguien desnudo. No recuerdo haber deseado un cuerpo así en mi vida. Tan voluptuoso. Tan oscuro. He deseado en las mujeres lo que quería en mí, delgadez, blancura. De alguna manera, Lucre es mi tarea para la casa ocurriendo en plena clase. Sus ojos son esas heridas alegres y tristes que las marrones llevamos en la cara hace siglos. Pequeños lagos casi orientales en los que tiembla la luz. Me mira intensamente, una especie de ardilla concentrada en su labor de roer el sistema que me posee. Se ríe todo el rato como de algo secreto. Le hago gracia. Me guía sobre su cuerpo y sobre el mío. Primero pego yo, luego ella. El colonialismo pega siempre en una dirección y sin consentimiento. Estamos creando otros marcos conceptuales. El dildo cristalino entre nosotras es hoy para acariciar.

> Somos voces chillonas que desobedecen al ideal civilizatorio con puro exceso. Exceso de volumen, de grasa, de grasa en las comidas, en las carnes, en las frituras, exceso en los colores de la ropa. Músicas románticas y dramas de telenovela, infidelidades bachateras y desgarros de amor. Por otro lado, la falta. Falta de moderación, de educación, de cultura, de higiene, de recato. Lo inadecuado. El lugar de la incultura. Gente de malos olores que no saben, que no entienden, y que son fexs.

Lucre acaba de leer ese texto del colectivo Ayllu, del libro *Devuélvannos el oro*, y otros textos de Mason, de Ortiz, de Piña, de Godoy. Tomo nota para buscarlos. Dice que todas deberíamos conocer su trabajo de investigación, acción artística y política, descolonial y antirracista, de resistencia contra la cultura que quiere instrumentalizarnos, contra los museos y su historia de

expolio y barbarie, contra el día de la hispanidad. En nuestro próximo encuentro tenemos que traer un texto escrito por nosotras que interpele tanto como los que escriben ellos y muestre en carne viva nuestra herida colonial.

Casi en la puerta Lucre me toca la cintura por detrás y dice ¿Un piti? Fumamos, no como dos agentes racializados provenientes de las excolonias del reino de España en proceso de descolonizar su deseo, lo hacemos en realidad sin tanta carga simbólica. Apenas como dos chicas por completo extrañas que saben que van a follar.

Me asalta la necesidad de escribir un *mail* larguísimo a Pascal. Para empezar, le cuento que estoy al tanto de sus publicaciones, he leído sus opiniones sobre Wiener, he visto en YouTube una charla suya en Lima y comparto con él la fascinación y la consciencia de lo complejo del personaje. Es tan largo el mensaje que decido no enviarlo, le pido su teléfono y quedo una tarde para hablar. Horas antes he adjuntado para él en un mensaje la copia del trozo de partida de bautizo de Carlos Wiener Rodríguez. Solo tengo ese fragmento y en él consta como su padre el señor Manuel Wiener, natural de Francia. Riviale me escucha. Le digo si podría ser el segundo nombre de Charles. La respuesta de Pascal ahonda en la perplejidad.

—Como ves, los datos de esta partida no corresponden a los de Charles Wiener: el nombre no es el mismo. Manuel y no Charles; y no creo que Manuel pueda ser su segundo nombre. No era «natural de Francia», como dice ahí, pues era todavía austríaco mientras visitaba el Perú, recién se naturalizó francés en 1878. Veo dos posibilidades: o se trata de otra persona con el mismo apellido (yo encontré en los archivos franceses otro Wiener que residía en el Perú) o es Charles el verdadero padre, pero la madre de Carlos se equivocó al dar los datos. Para cuando lo bautizó, Charles ya había regresado a Francia.

—¿Otro Wiener…? Pero por las fechas coincide su estadía con el momento en que fue engendrado —le digo.

—Mira: llegó al Callao en febrero de 1876 y salió del Perú a mediados de 1877. Llegó a Trujillo a mediados de julio de 1876 y se quedó ahí unas semanas. He aquí la duda: no sé si ya hiciste el cálculo, pero según la partida de bautizo Carlos Manuel nació a fines de mayo de 1877, es decir que fue concebido en agosto. Es posible que Charles todavía hubiera estado presente en la ciudad en ese momento…

Así que es posible, solo eso, posible.

Por un momento me imagino soltando estas dudas en el Facebook de la familia Wiener. Creo que mandarían a reducir mi cabeza como un trofeo.

Dudas que ofenden. Aun así, sería demasiado raro que existiera otro Wiener medio francés en Perú en esas mismas fechas y que precisamente se reprodujera y dejara colgada por la misma época a una señora desconocida con un niño llamado Carlos (Charles), que crecería sin padre, que se fuera y no supiéramos más de él salvo por lo que cuentan los historiadores.

Llamo a mi tío el historiador.

—Ten la seguridad de que el tal Manuel es Charles. No me cabe duda. Yo vi una conferencia de Riviale aquí en Lima. Riviale sostiene que confrontando los informes oficiales y el libro *Perú y Bolivia*, habría ciertas exageraciones en este último y que Wiener se habría atribuido algunos hallazgos de otros. Es claro que en esa época no existía el cuidado en citar las fuentes pero la impresión que me dejó este investigador es que desmerecía el trabajo de Wiener. Tenía mucha información de los archivos franceses pero le faltaba documentación producida en Perú. Estaba demasiado influido por un informante francés y arqueólogo aficionado que acusó a Wiener de apropiarse de sus descubrimientos.

Envidio su manera de sacar las garras por Charles y la familia, con sus luces y sus sombras. Pero intento centrarlo, volver al tema de nuestra filiación. Según él, tal vez María Rodríguez colocó ese nombre en la partida para no ser «sujeta de alguna reclamación». Como cuando adquieres un producto y descubres que está roto pero se te ha perdido el recibo. ¿Y si María leyó en algún lugar «M. Wiener» y entendió que no era la inicial de *Monsieur* sino la de un nombre, un nombre como Manuel? El padre del M. Wiener peruano. O Charles, Carlos, Carlitos. En la sala que acoge su colección en el museo parisino podía leerse en letras de molde: M. Wiener.

—Para remate, sobrina, el párroco se llama también Manuel. Puede haberse tratado de una confusión.

Ya sabemos adónde van a parar los vestigios que traen información confusa o errónea, los mal catalogados o de origen bastardo o desconocido. Sin contexto arqueológico no hay hallazgo. En 1885 Florentino Ameghino, el naturalista argentino de la teoría autoctonista del hombre americano, escribió que «todo objeto, por raro y curioso que sea, sobre el que no se tengan datos exactos sobre su procedencia y condiciones de yacimiento, no tiene importancia alguna y debe ser eliminado de toda colección formada con verdadero método científico».

Pobres huacos. Qué nazi la ciencia. Los objetos sin contexto de la colección Wiener, por ejemplo, se conservan en los almacenes del museo del quai Branly, figuran en el inventario general pero nadie que visite el museo

puede verlos. Se esconden en sus sótanos desde que la arqueología se volvió una ciencia seria, porque afuera hacen demasiado ruido, como el fantasma de una momia, como Juan o mi apellido. ¿Adónde irán a parar las personas sin datos exactos de procedencia, qué fosa común los acoge en vida?

—No tengo idea sobre este asunto —me dijo ese día Riviale por teléfono —. Conozco la anécdota relatada en *Perú* y *Bolivia* acerca de esta «adopción» pero no tengo ni idea de lo que ocurrió después con ese niño. Tampoco he tenido nunca ningún contacto con descendientes directos en Francia. A mí también me gustaría encontrar un descendiente de Wiener pero no sé cómo ubicarlos.

Riviale ya me ha negado tres veces. Aquí me tiene pero no me quiere. Desclasificada. Mal atribuida. No necesariamente auténtica. Otra falsa hazaña. Estoy muy lejos de ser una descendiente a su medida, útil para sus libros. Si yo soy dudosa, el otro indio es un personaje literario, algo un poco peor. «Descubrimientos imaginarios», llama el académico a los fraudes marca Wiener. No hay un niño perdido, ni encontrado, ni inventado, ni borrado. Ni familia que lo niegue, ni nada a qué agarrarse. Ahora soy yo la que está perdida. Este es el final del callejón sin salida. No hay una rama en ese árbol de la que columpiarme, ni siquiera puedo hacerlo del pequeño arbusto que sembré con el amor de otras dos personas porque soy una mala jardinera, porque lo regué de ácido, y está seco y endeble. No hay tampoco la seguridad de algo así como un apellido. Nada más que el arbitrario y maníaco uso de un nombre al lado de otro nombre arbitrario. No quiere decir nada y quiere decirlo todo. Un amigo historiador dice que los apellidos son una excusa para explorar. Y aquí estoy, sin una puta idea de nada.

Quedan unos días para la siguiente sesión de «Descolonizando mi deseo» y estoy en la cama con la barranquillera, leyéndole poemas y relatos a ver cuál le gusta y le parece más apropiado para leer en su taller. Ya hemos hablado sin parar de mi tatarabuelo huaquero y ella me ha contado de su tatarabuelo esclavo. Mientras me lame y acaricia de la cabeza a los pies, le leo un texto que escribí sobre una anécdota que me ocurrió con la abuela de Roci.

—Quieta, quiero que lo escuches.

> Me había hablado mucho de su abuelita. Del chalet ese de su infancia que vendieron después de la muerte del abuelo. Del barrio burgués aquel de Madrid donde toda la gente es igual. De cómo esa mujer había hecho para criar a una familia numerosa, a hijos y nietos con la misma dedicación y cariño. De su elegancia y distinción. Y, por supuesto, del escudo franquista en su salón junto a la Virgen. Bromeábamos mucho sobre cómo sería ese encuentro, ese choque de mundos el día que conociera a su abuela.
>
> Ya estaba bastante mayor, así que ni siquiera íbamos a dar más explicaciones sobre nosotras, si acaso las justas. Ese día era su fiesta de cumpleaños y estábamos en la casa de uno de sus tíos, había una paella en el horno y niños jugando por todos lados. Pensé llegar a su abuela como se llega a un país que no es el tuyo, saludando e intentando pasar desapercibida. Pensé que se podía. A veces olvido que aquí no puedo camuflarme con el fondo, pero lo procuro. La situación me imponía un poco con todos sus tíos bebiendo cerveza y coreando himnos militares. Sentadas en el patio alrededor de una mesa, un puñado de mujeres acompañábamos a la matriarca entrañable. Ya nos habían presentado, el día festivo transcurría casi alegre y yo con él.
>
> Entonces, de refilón oigo a la abuela hablar, le está preguntando a alguien por mí, concretamente le está preguntando a una de sus hijas «qué tal trabajo». Su voz cruza delante de mí, me atraviesa sin tocarme, no me lo pregunta a mí, se lo pregunta a alguien que tenga una voz, que pueda responder por mí lo que yo no puedo, como pidiendo referencias mías. Le intentan explicar que se está equivocando, una de las tías de mi chica se desvive intentando explicarle que yo soy la amiga de su nieta, la periodista que escribe cosas. ¡Ella escribe en *El País*, mamá!, exclama. Pero ella no se da cuenta de lo que está pasando y esta vez se dirige a mí para preguntarme cuántas casas limpio, porque la mujer paraguaya que trabaja en la suya se va a ir a fin de mes a su país de vacaciones y ella se va a quedar sola. Ahora viene a mi cabeza la anécdota desopilante que me contó, la fiesta familiar de disfraces en la que la abuela se disfrazó de María Antonieta e hizo que su cuidadora se disfrazara de criada. Sabíamos que no iba a ser fácil. Además, tampoco es el chat de los policías municipales de Madrid, tampoco me ha dicho «comida para peces». Pobre, estoy convencida de que no quería ofenderme, solo ha visto que soy sudaca y para ella todas las sudacas limpiamos casas. Así es el estereotipo. Pero cómo juzgarla. Vivió una dictadura, fue educada para complacer a otros, a la sombra de un marido, en un mundo masculino, reproduciéndose hasta que el cuerpo aguante, en una sociedad ultracatólica y castrante para las mujeres. Yo no. Me acuerdo de mi propia abuela Victoria, que era andina y bien racista, se rechazaba a sí misma como tantos cholos, ocultaba su origen andino porque andino quería decir pobre y explotado,

no quería ser como su mamá Josefina. Para no ser discriminado allí hay que pasarse al otro bando, hay que convertirse en discriminador. Hablaba de los cholos con desprecio y aunque no limpió casas ajenas fue obrera y pobre y luchó por dejar de serlo. Qué gracioso hubiera sido juntarlas. Mujeres, al fin, como yo, como ella, tan distintas.

Intento reírme, fingir durante unos segundos que la situación no me ha violentado. Compartir con el resto de mujeres miradas cómplices sobre esas viejas generaciones de señoras españolas que vivían en peceras y no se enteraban, ellas que dejarán cuando se vayan lo mejor y lo peor de su mundo que también agoniza. Me hubiera gustado escucharla, sonreír, menear la cabeza, cogerla de la mano, decir algo divertido y atesorar la anécdota junto a las veces en que me confundieron con la niñera de mi propia hija en un parque de Barcelona o cuando un señor en una farmacia limeña me dijo que nos fuéramos a su casa porque «necesitaban muchacha». Y contar la anécdota entre risas a nuestros amigos. No olvidar nunca el famoso día en que conocí a su abuelita y me quiso llevar pa su casa. Y ya.

Pero esta vez no puedo, me quedo callada, me levanto discretamente de la mesa y voy al baño porque tengo el pecho lleno de algo, como de un ruido colosal, y sollozo. Me enfado menos con su abuelita que conmigo misma por volver a sentir esa herida. La de mi abuelita Vicki y la de tantas en las que se intersectan otros dolores en un cuerpo parecido. ¿Por qué lloro? ¿Por qué me ofende? ¿Porque yo fui a la universidad? ¿Porque no quise ser Victoria que no quiso ser Josefina? ¿Porque yo también considero que ser una trabajadora del hogar es ser menos que una periodista que escribe en *El País*? ¿Porque eso me recuerda mi racialización, la raza que siempre ha sido y siempre será la medida de mí misma? Porque duele que vuelvan a meterme entera en ese casillero de sus cabezas. Porque soy Victoria y no lo soy.

Pienso en los esquimales que pueden ver hasta veinte tonos de blanco mientras aquí seguimos siendo incapaces de ver los matices. Vivimos con ese otro al que preferimos no conocer, al que se estereotipa, niega, encierra y deporta.

España es la abuelita.

Viene entonces su nieta, que es blanca y española como ella, pero que es otra, entra al baño donde lloro, me ve y me levanta la camiseta y me besa los pezones negros no para legitimarme sino para que deje de llorar. Lo hago y salgo otra vez al extranjero.

—Ahí termina.

—Me encanta.

—Bueno, no tiene toda la sexopolítica que te gustaría. Algún día quiero escribir un poema que se titule «Panchilandia»… no sé qué va a decir pero quiero que se titule así… ¿Tú sabes por qué nos llaman panchitos en España?

—Por los kikos. Los kikos son los panchitos.

—Claro, en Perú se llama canchita.

—Porque somos como bolitas tostadas y saladas.

—Yo no tenía idea. Pero una vez dijeron «Ahí vienen los panchitos» cuando llegábamos con Jaime y tuve que averiguar.

Me gusta hablar de estas cosas con ella. La barranquillera llegó a Madrid cuando tenía ocho años. Cuando tenía diez, los chicos de su colegio del barrio de Pedro Rico le hicieron una pintada en la puerta de su casa: «Conguito». No lo borró. Uno de los vándalos era hijo de un jugador del Real Madrid. Otro día vinieron hasta su ventana y le cantaron la canción de los conguitos. Luego ya vino el puta sudaca. Me arrebata. Mi deseo por Lucre es una cicatriz

gemela. A mí los niños me cantaban la negra Tomasa. Se monta sobre mí, pega su pubis al mío, se inclina para olerme, nuestras tetas negras se solapan sudorosas, me dice que no busque más, que es perfecto.

—Me encanta, la abuela es España y tú te follas a su nieta. Y ahora a la Gran Colombia.

Nos reímos. Pero por dentro yo no me río tanto. En un rato tendré que volver a casa y «gestionar». «Gestiona, Gabi, gestiona», ríe Lucre de mi desbarajuste. Como si pudiera sacarme una enfermedad del ojo de la chistera. No hace falta. Ahora ella me lee un poema suyo sobre los chicos latinos que murieron arrollados por un tren en el apeadero de Castelldefels, cuando intentaban cruzar las vías a pie por un lugar no autorizado para celebrar en la playa la fiesta de San Juan, la llegada del solsticio de verano. Esa fiesta ajena en pleno junio, cómo nos gusta. Se parece tanto a nuestro fin de año tórrido y playero. Eran todos hijos adolescentes de latinoamericanos que vienen a España a cuidar, a levantar edificios. Adolescentes que se pasan la vida solos en casa porque sus madres y padres están cuidando los hijos de otros. Y esa noche salían, horadaban su abandono, le metían un petardo lleno de luz en el culo al sistema, solo por una noche quemaban los muñecos de sus odios. Me dan ganas de llorar, le digo. Esa maldita playa nos recuerda tanto a las costas del Pacífico. Yo también iba mucho atraída por el horizonte alargado hasta el infinito y la planicie de arena cuando vivía en Barcelona. En su poema, el accidente es una metáfora exacta de la migración: gente que intenta cruzar y muere sin llegar al otro lado. Un poema con una letanía: «Latinos, imprudentes, temerarios, insensatos, incívicos, inconscientes latinos». Eso que les gritó la gente, los políticos, los periódicos.

—¿Sabes lo que me dijo uno de mis amigos peruanos que ya vivía en España la primera vez que me acompañó a montarme al metro?

—¿Qué te dijo?

—Me dijo, Gabriela, ¿te diste cuenta de que les damos miedo? Y yo, que no me había fijado, que solo conocía la mirada de desprecio de la blanquitud de mi país, miré por primera vez bien las caras de los señores y señoras españoles y tuve que darle la razón. Vi que apretaban sus bolsos con disimulo. Que algo les perturbaba de nuestro ruido. Y ese solo descubrimiento me llenó de un pequeño poder inesperado.

Yo no tenía que cruzar las vías del tren porque ya iba en uno, pero mientras viajáramos juntos iba a darles miedo, mucho miedo.

—¿Cómo es posible que el gozo del cruce de nuestras corporalidades nos haya sido por sistema ocultado, consolidándolo en nuestro imaginario como

un deseo inexistente y negado?

Lucre habla así en un día normal y soleado, lo juro, da una calada a su piti, me besa entre risas extrañas e insiste en que lea el texto de la abuelita o escriba «Panchilandia». Atrae mi cara hacia sus dientes y declara que tiene que comerme ahora, otra vez, por favor. Reprimo cualquier pensamiento sobre Jaime y Roci mientras suena en mi cabeza esa voz: latina, insensata, incívica, inconsciente, qué vas a hacer, estás cruzando la vía por donde no es, imprudente, y ya viene el tren a 150 kilómetros por hora. Se pone detrás de mí, moviéndose lento hasta pillar un ritmo constante y cada vez más fuerte de embestidas, me penetra por delante y por detrás, con los dedos, luego con el hueso frío de cristal, profundo, continuo, rápido, el calor se extiende, todo arde, yo gimo de gusto, aprieto los ojos, baño su mano y ella solo atina a decir ya está, estás descolonizada.

Hasta ahora solo has sido para mí el niño de esa horrible escena en que fuiste comprado por unas monedas y trasladado a Europa con fines científicos. Charles te usó para mostrarse como salvador. Es más, pudo haberte inventado. Yo te convertí en el símbolo en el que quiero reconocerme más que en mi propio antepasado. También te descarné. Te hice idea, pieza ósea de mi relato.

El robo de niños que ahora conocemos empieza con niños como tú, es uno de los deportes coloniales por excelencia. En Australia el gobierno robó de sus familias a toda una generación de niños aborígenes. Al menos hace unos años pidieron perdón. Aquí en España, donde vivo, el franquismo robó miles de niños arrebatados a sus madres republicanas, cautivas o asesinadas. Pero nadie ha pedido perdón por ello.

¿Debería llamarte bisabuelo o tío Juan? Para mí eres extrañeza, otra forma de buscarnos en los vertederos del Viejo Mundo donde tú y yo fuimos a parar. No me preguntes por qué.

Pero ¿quién fuiste de verdad? ¿Dónde viviste? ¿Tuviste descendencia? ¿Fueron tus hijos cholos, la mezcla del indio y el blanco del peruano promedio? A tu raptor, un hombre de su tiempo, le encantaban estas clasificaciones étnicas. En su libro escribe de todas las posibles combinaciones y las ilustra con viñetas. Recuerdo al cuarterón, que no tiene más de veinticinco por ciento de sangre negra o el requinterón, con doce y medio por ciento. ¿Cuál será el porcentaje exacto de las razas en mi sangre, cuáles mis niveles de pureza?

¿Usaste el apellido Wiener? Fuiste, a lo mejor, otro ser inciertamente Wiener. Te despertaste un día en París y te vestiste como esa gente y saliste con tu cara de huaco retrato, como la mía, a caminar por los puentes del Sena, como si fueras mi gemelo perdido en el tiempo. Viste desde ahí nacer el siglo XX, ese siglo en el que los blancos europeos mataron a otros blancos europeos por no ser lo bastante blancos y por fin se llamó genocidio al genocidio. ¿Qué podías esperar para ti mismo?

Quiero encontrarte pero en realidad no quiero. Temo que cualquier aparición del Juan real mate al Juan simbólico, dejándome huérfana

nuevamente.

Es la hora en que hablo con mi madre, cuando no hay nadie en casa y mi hija no ha vuelto del cole, cuando mi mamá despierta y yo dejo de escribir artículos para freír pollo. Coloco la computadora sobre la mesa de la cocina y espero que aparezca su cara deseosa de información. Preferiría no hacerlo ahora que no sé qué hacer con mi vida porque esa mujer huele la sangre. Incluso a larga distancia. Y no quiero que me sermonee, ni se angustie por mí. Pero si desaparezco también se lo huele y envía esos mensajitos suspicaces en los que dice solo «Gabriela, me preocupas». ¡Que abandone toda esperanza de que voy a contarle alguna verdad sobre mi vida! No voy a decirle que mi relación de a tres hace aguas. No voy a hablarle de mis celos, de mis mentiras, de que intento curar una vieja herida acostándome con otra mujer como yo. Pero ella pretenderá saberlo todo antes siquiera de que haya abierto la boca.

Tenía esas ideas de madre antigua de querer lo mejor para mí, de verme estudiar fuera, migrar a un lugar mejor. Ahora tiene que aguantarse hablar conmigo de temas trascendentales por videollamada mientras hago la comida. Por ejemplo, del niño adoptado por Charles Wiener y mi incierto apellido. Y lo hace a su manera.

—Bueno, Gabriela. Intenta conectarte espiritualmente con tu tatarabuelo y háblale, dile tus dudas, tu rabia, lo que sientes. Yo lo hago con papá cada día. Me quedo mirando durante horas el retrato que le pintaron y le digo todas sus verdades, luego lo perdono y hasta beso su cara al óleo.

—Mamá, tú que crees en todo, deberías decirle a Carlos que te lea el tarot y preguntarle cosas sobre el duelo de papá. Es muy divertido.

Carlos fue el amigo más joven de mi padre y su discípulo. El marxismo leninismo que le inoculó no logró quitarle su debilidad por la magia. A mi papá le leyó la baraja por primera vez horas antes de morir. Tumbado en su cama de hospital qué más daba ya caer un rato en manos de supercherías del capitalismo alienante. Carlos me contó que al oír la lectura de sus cartas mi papá hizo con la boca su clásico sonido de pedorreta que hacía cuando un tema le interesaba un reverendo pepino. Básicamente el tarot le decía que iba a morir. Se murió ateo y sin creer en nada más allá de la revolución. Ni siquiera en la muerte.

—No sé, no necesito el tarot… ¿En qué estás hijita?

Ya se ha dado cuenta de que intento irme por la tangente y está ansiosa. La mejor manera de contraatacar es contestarle con alguna pregunta para ella. Por lo general cuando pasa esto le digo que se me quema el arroz y que la llamo luego. Pero esta vez no, esta vez voy a seguir. Embadurno otra pechuga con huevo batido y la paso por el pan rallado, la lanzo a la sartén y me salpico la mano de aceite caliente. Puteo un poco y mi mamá me reprende porque cree que si maldigo me enveneno el alma.

—Mamá, ¿tú sabías que papá durante un tiempo usó un parche en el ojo?

Al principio, mi madre no sabe de qué le hablo, pero después ya sabe adónde quiero llegar. Hemos hablado del tema de la infidelidad y la doble vida de mi padre varias veces a lo largo de los años, siempre de manera dolorosa, incompleta, vaga, entre la evasiva y los silencios que lo dicen todo. Durante un tiempo quise correr a decírselo, durante años me sentí culpable por no ser más explícita. Al final, nunca hizo falta que le preguntara qué tanto fue engañada, qué tanto tuvo que hacer la vista gorda, qué tanto aceptó. Ella sabe que yo sé. Yo sé que ella sabe. Y así hemos sobrevivido a la vida y a la muerte. Cuando le cuento la historia del parche no puede evitar sonreír pensando en el lado tonto de la anécdota. ¡Ay, tu padre, pobre hombre!, musita. No creo que ignore sus significados profundos. Lo digo y enseguida quiero callarme la boca para siempre, hundir mis manos en los píxeles y sacar a mi madre de donde la he metido, hacerla aparecer en esta cocina para abrazar sus piernas pidiéndole perdón por haber quebrantado su paz.

—Hija mía, ojalá tu hermana y tú me perdonen algún día no haber podido abandonar a vuestro padre a pesar del engaño. Quizá ustedes esperaron eso de mí siempre, y yo las defraudé.

Dice eso pero nota mis ojos de desesperación. Cómo vas a pedir perdón tú, mamá. Qué estás diciendo. Y se apresura a decirme, con su habitual manía de protegerme y no dejarme caer ni siquiera cuando he planeado yo misma mi propia caída, que no me preocupe, que no se ha conmovido y no está llorando, ni llorará. Que a lo sumo volverá a pelearse con el cuadro al óleo de papá al fondo del pasillo y seguro también un día acabará perdonándolo. Yo volteo los filetes, vuelta y vuelta, en la sartén, para que no me vea la cara.

—Ruego que tú también encuentres la mejor manera de amar y ser amada. Voy a ponerme mi música de Loreena McKennitt y me dejará en estado Minerva.

—Dirás nirvana.

—No, Minerva. Gabriela, cuídate, te expones demasiado. Chau, hijita.

Si hay algo que hicimos bien fue alquilar este gris local industrial y adaptarlo como una casa. Teníamos poco tiempo en lo de ser tres pero ya intuíamos que en uno de esos pisitos de Madrid este zafarrancho iba a ser inviable. La habitabilidad es relativa aquí, le faltan muchísimas cosas para ser una casa pero tiene lo principal, espacio para salir corriendo cuando hace falta, por ejemplo. Las cuatro habitaciones, el sótano, un patio, han sido respiraderos en cada crisis. Y nos cuesta 500 euros al mes, algo que podemos pagar entre los tres sin tener que autoexplotarnos demasiado. En algunas esquinas tejen las arañas y una vez se metió un ratón. Trabajamos y dormimos entre estas paredes altas y rugosas de concreto. En ningún otro sitio habría cabido la cama de casi tres metros. Ni la pareja heterosexual de veinte años con una hija que somos Jaime y yo. Ni la joven pareja lésbica que somos Roci y yo. Ni el vínculo extraño y sin nombre que conforman Jaime y Roci. Ni el trío. Ni los fantasmas. Ni los sueños. Ni los infiernos individuales, ni los colectivos. Todo esto junto subsiste en parte por este lugar.

Jaime y yo estamos sentados en la mesa alargada de madera del salón, cada uno en un extremo tecleando artículos para medios de prensa por los que nos pagarán tarde y mal. La luz del patio se cuela por el cristal de la puerta. De fondo el azul del cielo de Madrid me hace agradecer no estar viendo ahora cómo empeora el gris del cielo limeño con las insistentes lloviznas. Veo a nuestro conejo mordisquear una zanahoria no muy lejos de sus cacas.

Roci acaba de dar un portazo de buena mañana. La noche empezó con una pregunta mía nada inocente sobre su deseo por alguien, eso llevó a una respuesta cruda sobre mi control, lo que desencadenó a su vez una lluvia de reproches mutuos que incluyó referencias a mis últimos romances fuera del trío, asentando una gresca rica en palabras lacerantes que abren heridas que arrancan desconsuelos. El *pack* de siempre. Hemos sacado las momias del armario y no hay cómo devolverlas.

Atravesamos la noche despiertas en algún rincón del sótano, para que no nos oigan, llorando yo, ansiosa ella, como cientos de otras noches, queriendo a la vez dejarla para siempre y hacerle el amor en el acto. Ella gritándome que así solo consigo lo contrario a lo que quiero. Es tan racional para amar como

para pelear. Yo solo ansío que me toque y me seque las lágrimas. No tiene la culpa de no saberlo. Ojalá mi novia fuera dacrifílica, una de ese grupo de pervertidos que se excitan con las lágrimas, y llegara al orgasmo solo viéndome llorar por ella. Sería multiorgásmica. Pero mi maraña es más antigua que su inapetencia.

Vivo con dolor no ser sexualmente correspondida. El deseo no satisfecho es extenuante, me duele como nada. Necesito demasiado sexo para olvidar lo poco que me quiero, lo poco que me quisieron. Pero es un pez que se muerde la cola, el exceso de ímpetu, de demanda, esa necesidad de ser consolada sexo mediante, no erotiza a nadie, más bien espanta. He indagado a mi pesar en el trauma y, sospecho, viene de una época en que decidí que el sexo sería mi resistencia, mi poder, lo único mío, lo que reemplazaría al amor propio o ajeno, sobre todo al vacío; por eso soy incapaz de lidiar con el rechazo de mi cuerpo desnudo, acongojado y deseante.

He corrido vengativa a los brazos de Jaime, mi marido pobre, poeta y cholo como yo. Él sabe lo que se siente al no tener nada. También en el dolor me trafico. Recurro al utilitarismo de la bigamia. Tampoco va a follarme esta noche pero tengo menos frío que durmiendo con Roci. Ella vuelve por mí, me exige retornar a mi condena, a comer techo y espalda toda la noche a su lado. Pero no, por fin me abraza, su pequeño cuerpo huesudo me acoge con ternura hasta que agoto mis intenciones, desisto, duermo.

Venimos de no tener nada. Por eso queremos vivir un rato en el mundo al revés en el que tenemos todo. En uno en que nos sacan a bailar a nosotras primero. En el que tenemos dos maridos y dos amantes. Todavía no puedo dejar de despreciarme, no olvido las miradas crueles, ni las condescendientes. Era tan bonita sin saberlo pero me afearon, me hicieron un monstruo irreversible. Ahora vas a saber lo que es el miedo, el miedo al abandono convertido en arma arrojadiza. ¿Acaso no se transfieren las formas del deseo y del amor? ¿Acaso el «abandono original», el de Charles a María Rodríguez, no opera en las sombras de mi linaje? ¿Y el de mi padre, el cincuenta por ciento que dejó con nosotras? Quiero hablar con mi madre, que me cuente toda su vida sexual, como se cuenta una enfermedad compartida. ¿Cuántos abandonos llevamos como información en las células? ¿Cuánto de estos celos se activa como un escudo protector?

Sudacas celosas y posesivas, excesivas, pegajosas, despreciadas, chamuscadas, victimistas. Delirando entre la telenovela y el bolero.

Soy, es probable, la única persona en esta casa que se ha acostado con alguien más y la única que desconfía patológicamente de los otros. ¿Sería cínico admitir que me gustaría ser la que no folla pero confía?

Amanece sin estridencias. Y la rutina poco a poco se impone sobre el silencio hasta su portazo. El polvo se levanta unos metros del suelo y vuelve a caer. Jaime me mira sin decir una palabra desde el otro lado de nuestra mesa de trabajo, antes le lloraba a él, era él quien me socorría de las noches interminables en las que yo llegaba solitaria a la conclusión de que era imposible amarme y desearme, pidiendo lo que nunca debe pedirse: más, siempre más; sabe que mi cara de rana deformada significa que lo hice otra vez, que he espantado a Roci con mi mierda. Tecleamos con energía para encubrir este silencio tenso que ha dejado atrás su partida. Le hago alguna pregunta. Contesta con monosílabos. Me pide que le alcance un libro, lo deslizo por la mesa hasta sus manos. Ya llevamos un par de horas evitándonos, mirándonos de reojo cuando el otro no se da cuenta. Suena mi teléfono. Es Roci. Está llorando o algo así.

—Gabi, estoy aquí con Paula y me he comprado un predictor, hemos entrado al baño de un bar y me ha salido positivo.

Le digo ven, solo ven por favor, de inmediato. Se lo cuento a Jaime balbuceando. Nos abrazamos sin poder hacer nada bien a la vez, ni hablar, ni respirar, ni sorbernos las lágrimas, ni atacarnos de nervios. La euforia nos alcanza lo suficiente para esperar a Roci, para darle una vuelta en el aire, para contárselo a nuestra hija con todo el alboroto y más tarde tumbarnos los tres en la cama gigante, quedarnos quietos durante horas en una alegría diáfana, la primera en tantos meses desde que murió papá, nada más que imaginando la fuerza plena y feroz de nuestro lazo, abrazados como si del centro de las sábanas fuera a brotar un huracán o un vórtice o un bebé, arrojándonos adentro y afuera, tomándonos y también soltándonos, mirando al techo con los ojos puestos en un lugar ya no tan lejano. Algo germinó fuera del árbol.

Muy al principio, cuando llevábamos poco tiempo de conocernos, le escribí a Roci un poema distópico, uno en el que yo estaba presa en un campo de concentración. Ella ya llevaba fuera mucho tiempo antes y me ayudaba a salir y éramos felices. Roci me contestó con otro poema que decía que prisionero y tirano son una y la misma cosa, que ambos le producían la misma aversión. Y que eso era lo único que la mantenía cuerda.

Querida hijita insolente:

Me preguntaste el otro día algunas cosas sobre mí que creías podían ayudarte a entenderte un poco a ti misma. Querías saber cómo había vivido mi sexualidad y mis relaciones amorosas. Y pensé que lo mejor era escribirte esta carta. Soy tu conejillo de Indias. Pensar en explicarte mi vida sexual es como usar una cuchara para escarbar de la superficie a lo más íntimo. Creo que la sexualidad no se puede entender separada de las otras dimensiones de la vida. Y me gusta vivirlo con sutileza, debe ser porque he visto últimamente muchas películas chinas, me gusta cuando hay una conexión íntima de dos personas, no pienso en tres o en cuatro. Bueno, espero que te sea útil y ya sabes, el límite de todo lo que hacemos es evitar el dolor de los que amamos.

Mi primera vez fue con el hombre que dos años después sería mi marido por lo civil y religioso. Años después un amigo mío me reprendería por haberme casado por la Iglesia cuando yo ya era una marxista militante y atea. No sería la única incoherencia en mi vida.

Nos conocimos en la militancia política y unidos en ideales de cambios y revoluciones, primero cubanistas, che guevaristas y luego antiestalinistas y trotskistas. Hablábamos y caminábamos mucho. Yo enamorada de esa mente que conocía todas las guerras habidas y por haber, que tenía el afán de cambiar el mundo, y escribía sobre todo, pero que no hablaba de sus sentimientos, ni de temas familiares, que tenía unos ojos alegres. Me enamoré locamente de él, y terminadas las reuniones de la militancia, que eran puras discusiones, enfilábamos la huida para tomarnos de la mano, fumar del mismo cigarrillo, abrazarnos y besarnos. Con todas las hormonas moviéndose a mil por hora, lo hicimos por primera vez en una playa que recuerdo con algunos arbustos verdes, entre la arena y el mar. Con entrega total de ambos, fue un encuentro maravilloso. Así fui descubriendo mi deseo sexual, y mi capacidad para tener cada vez más orgasmos, que era mi orgullo, y la capacidad de mi pareja de hacerme feliz sexualmente. Nunca le pregunté ni me interesó si él había tenido antes relaciones sexuales con otras mujeres. La primera vez que hicimos el amor hubo sangre, pero no era la mía, sino la de él; se le había desprendido una parte de la membrana del prepucio. Me burlaba de él

diciéndole que yo había roto su virginidad. Unos meses después de este encuentro, en un local donde hacíamos asambleas —pues todavía no habíamos alquilado el que sería luego nuestro cuarto de amor— tuvimos sexo apasionado, y allí fui yo la que sangré. No sabíamos si lo habíamos hecho bien.

En los cincuenta y cinco años que estuvimos juntos el sexo entre nosotros fue fuego, y, cuando se apagaba, no faltaba una crisis que terminara en reconciliación y el sexo volvía a subir potencialmente. El sexo fue un elemento fundamental en nuestra relación de pareja. Todo lo aprendí con él. Fue pasión descontrolada, en un barranco, en un pasadizo, en un dormitorio común, en un campamento de camaradas pero no revueltos, en un baño, en la cárcel, cuando estaba embarazada de ti. Le dejaba escrito en papelitos «Crazy of love for you» en todas partes para recordarle que lo amaba.

Los embarazos fueron una etapa donde descubrí mi dimensión animal. Antes que nada estaban mis hijas, y ese sentimiento era tan poderoso como el sexo. La lactancia fue mi época de sentir otro tipo de gozo, casi orgásmico. A la vez el sexo pasó a segundo lugar y empezaron las dudas, los celos, los míos hacia él. Se me vino toda la formación tradicional, el colegio de monjas que arrancaban las páginas del cuerpo de los libros de biología. Yo pensaba que podía quedarme embarazada con un abrazo. Yo de niña me había metido una vez mi perico en el calzón, me hizo sentir cosquillas y algo bueno. Pero las monjas hicieron bien su trabajo y no me masturbé hasta que quedé viuda.

Volviendo al tema, era mamá y ya no me sentía bonita, subí de peso y comencé a buscar yo más el sexo que él.

Podíamos llegar agotados a casa y el sexo era fuerza regeneradora de energía; podíamos haber estado peleados y hartos, y nuestras miradas, nuestros cuerpos, se amaban a pesar de la cólera o el hartazgo, la tristeza o el agobio. Todo quedaba atrás cuando desnudábamos nuestras almas, las carencias y penas que había que superar y aliviar; entonces el sexo era sentimiento, ternura y plenitud, y mis ojos se llenaban de lágrimas y de verdad era algo mágico y espiritual.

Desde que empezamos nuestra relación amorosa yo manejaba el discurso de que no éramos propiedad de nadie, y que las relaciones entre hombres y mujeres siempre serán de atracción, y debíamos ser honestos y contarnos nuestros encuentros amorosos. Hubo épocas en las que yo le contaba mis andanzas de breves enamoramientos y él me contaba que tenía a alguien en la cabeza. En mis viajes de trabajo conocí hombres interesantes, nada del otro mundo como para reemplazar a «mi» hombre, otra incoherencia. Así, tuve

relaciones sexuales extramatrimoniales con unos cuatro hombres, cuando estaba entre los cuarenta y los cincuenta años. Él me hablaba de mujeres que querían estar con él y que él empezaba a tener sentimientos de preocupación por ellas. Una de ellas se convirtió en «la otra», porque yo era la «amante esposa», y empezaron las crisis, las separaciones temporales, desconfianzas, dudas, llantos, y reconciliaciones.

Sí, he llorado viendo la espalda de mi marido dormido insensible a mi necesidad del abrazo y del sexo que pedían mi cuerpo. Y he llorado como adolescente cuando mi amante no me llamaba o algún encuentro no culminaba en sexo. He llorado llegando a un orgasmo fabuloso. Era mi época de las hormonas saltarinas de los cuarenta.

No puedo decir que alguna vez dejé de amarlo. Si me quitaba el sueño otra persona pensaba que era mi derecho a sentir, vivir, probar, y me decía a mí misma: soy Doña Juana, me gustan, pero «mi hombre» sigue siendo él. Nunca le conté de estas relaciones, y él nunca me preguntó si yo le había sacado la vuelta. Nunca acepté que estuviera con las dos, siempre me juró que eso había acabado.

Si lo que nos pasó fuera un libro para mí el final debería ser el de esas dos mujeres que amamos al mismo hombre, que quedamos viudas, y el día de su muerte nos fundimos en un abrazo fuerte y sincero, con un llanto dolido, porque fue lo que cerró el capítulo de los tiempos compartidos, de sus mentiras para no herir a una y otra, los celos, los dobles presupuestos, los momentos de felicidad vivida a medias, la enfermedad y la muerte.

Tuve celos en alguna época, sufrí, insulté y lloré, pero me pregunté qué quiero, y me respondí lo amo, lo amo, con todo. Y perdoné de verdad, amé a su hija como si fuera mía y sumergí el dolor que esta infidelidad trajo a mis hijas adoradas. Siempre me dije, soy mujer, tengo hijas mujeres, no me gustaría que fueran engañadas, que su luz y alegría de saberse amadas y únicas se apague.

Vivimos un drama, lo supimos llevar a cuestas, pero nos dio mayor humanidad. Y yo no podía tirar la primera piedra. Defiendo el derecho que tenemos de enamorarnos, y el derecho a vivir con la persona que nos hace felices sexualmente y con la que podemos reír y llorar, con la que podemos ser transparentes y confiadas, sin tener que dar explicaciones. Crazy of love for you.

Fin de la confesión de la madre que te parió.

Te amo, hija.

Las dos mujeres de mi padre se encontraron en la habitación del hospital donde iba a morirse. La amante que quería ser la esposa y la esposa que quería ser la amante. Respetaron sus espacios y sus tiempos en la despedida como habían hecho toda la vida. Se hicieron a un lado cuando tocó. Y velaron con dignidad su cajón rodeadas de la izquierda radical y de la izquierda caviar. No fingieron. Remontaron la tragedia. Barrieron y recogieron los restos de la fiesta de otro. Enterraron el parche junto al resto de su ajuar funerario. Y se fueron cada una por su lado.

Post en el grupo de la familia Wiener

Queridas y queridos. Quizá, solamente quizá, a pesar de lo que hayamos escuchado toda nuestra vida, no seamos descendientes de Charles Wiener. Hay una alta posibilidad de que sí lo seamos, pero la duda es razonable. Con toda seguridad lo que sí somos es descendientes de María Rodríguez, aquella mujer de la que no sabemos nada. Estoy segura de que alguna o alguno de nosotros algún día seguirá su pista y podremos recuperarla para la memoria familiar aún incompleta. He investigado un poco y tampoco hay dato o registro oficial de la descendencia de Charles, pero no dudo de que haya podido regar su semilla por cada país en el que le tocó desarrollar su trabajo diplomático, de México a Brasil. De hecho hay una Gabriela Wiener, arquitecta mexicana, que es mi amiga en Facebook y nos felicitamos por nuestros cumpleaños. ¿Sabían que mi hija se apellida Rodríguez Wiener? Su padre es un Rodríguez, como miles de personas con ese apellido español. Pero, igual, qué curioso, ¿no? El orden de los apellidos se invierte. El Rodríguez de María adelanta al Wiener de Charles y aparece el Nuevo Mundo.

Ahora me dedico a cuidar el huevo de otro animal. Le hemos llamado Amaru Wiener. Para que tenga el apellido de los tres. Aún no es legal tener tres apellidos, ni tres padres. Así que Wiener es como un segundo nombre, como Werner o William. Nunca el apellido de Charles fue tan poco apellido. Y a la vez, nunca fue tanto. Me mantengo al margen del hecho natural y del derecho jurídico, no soy su madre por ninguna de estas razones, lo soy por otras. Y Amaru no deja de ser un hijo nacido fuera de mi matrimonio que crece dentro de él y del vínculo que tengo con su madre. De todas las supremacías, la de unos hijos sobre otros es una de las más estúpidas. El Deuteronomio dice que el bastardo solo podrá entrar en la asamblea del señor hasta la décima generación. No vamos a esperar tanto. El primer nombre de mi hijo es quechua. El amaru es la serpiente alada, cabeza de llama y cola de pez, un animal mitológico. También es el rayo en una de sus metamorfosis, la luz que fertiliza antes del ruido y la lluvia. En sus escamas está escrito el absoluto, grabado todo lo que existe. Es la deidad de los ríos serpenteantes y un puente entre el cielo, la tierra y el agua. Es un viajero entre mundos. Tiene los rasgos de Roci pero el conjunto de su cara me recuerda a Jaime. Cuando nació estaba tan rojo que pensé que se parecía a mí, pero poco a poco se ha ido aclarando y ahora es un niño blanco, casi rubio, que come cosas picantes y juega con dinosaurios. Los especialistas lo llamarían mestizo. Mi hija chola adolescente agregaría: con *passing*. Mi historia con él es como la del tiranosaurio rex que cría al bebé alosaurio vegetariano o como cualquiera de sus cuentos de nidos equivocados. Pero uno que acaba bien. Una mamá rex que teme al agua y un niño nadador. O mamá dragona y su bebé que no echa fuego. Amaru tiene un montón de familia, contando a la española, tres abuelas por lo menos, o cuatro, si me apuras. A veces viene Lucre a casa y comemos platanitos fritos todos juntos en el patio en el que florece el cercis. En la tierra de ese árbol de hojas con forma de corazón enterré las cenizas de mi papá. Mi madre dice que cuando le salen todas esas flores rosas es porque papá me protege y quiere que lo sepa. Escribo esto mirando ese árbol, cercano y callado como mi padre. Imagino que no me entiende pero me acompaña. Amaru no ha arreglado ninguno de nuestros líos amorosos. Sería como decir que su sola existencia

puede acabar con el racismo. Vaya tontería. Pero tampoco vamos a vivir como si no estuviéramos rodeados de dolor. En mis peores momentos pienso que un día se va a dar cuenta de que no somos de la misma manada de criaturas, de que no me quiere, de que no soy nada para él. En mis mejores días me doy cuenta de que tengo que vivir con ese miedo, como con todos los demás. No quiero hacer como que no existe, no quiero que él lo piense. Quiero enseñarle a ver con los dos ojos.

Desde que murió mi papá tengo un juego solitario conmigo misma, ¿o con él?, algo a medio camino entre la muerte y las nuevas tecnologías. Pongo su nombre en mi Gmail y aparecen todos sus correos, elijo uno al azar y lo leo como se leen las tiras de papel de las galletas de la suerte.

Hoy me tocó este *mail*:

> Aquí estoy en mi periódico, que no paga, pero divierte. Sigo peleando con medio mundo. Si no lo hiciera guardaría mis cosas y saldría con un portazo. Mi hermano dice que tengo un sino por la aventura y los trabajos que pagan mal. Puede ser. En todo caso, a mi edad es imposible cambiar la ruta general. Solo que conviene tomarla con calma.
>
> El otro día tuve un sueño feo. Estaba manejando y te llevaba en el carro y estabas enferma con mucho frío. Pero eras chiquita. Me desperté y traté de ordenar mis ideas y me decía: «Pero si ya es grande». Y luego concluí que sigues siendo chiquita y cuidable, para mí.
>
> Otro cumpleaños a la distancia.
>
> Te ama,
>
> *Papá*

PANCHILANDIA

(*En «Descolonizando mi deseo», sesión 3*)

La primera vez que me dijeron
que no estaba escribiendo en español.
Que no hablaba correctamente el español.
Vosotros, no ustedes.
Las correcciones son extirpaciones.
«Echar de menos», no «extrañar».
El ciclón tropical lejos del núcleo cálido.
Una iglesia sobre una huaca.
Los cuatro caballos corriendo en direcciones distintas
para desmembrar el cuerpo.
Para cortar nuestras trenzas.
Migrar no es volver a nacer,
es volver a nombrar lo que ya tenía nombre.
Ese teléfono público, cuando existían,
en el que tardé más de la cuenta
y el hombre que no podía esperar
vio en mí a una criatura bajada de los árboles
que folla con las llamas.
Esa fue la primera vez que me gritaron
que me vaya a mi país,
a mi casa.
En realidad,
volvería a casa pero ya no tengo casa.
Así que hice una en la que extrañar
y no echar de menos,
allí puse un nuevo acento a mis afectos.
No sé de qué podría hablar ahora.
Del nido. De la decisión de las aves.
De las estaciones frías

De las estaciones frías.
De las distancias.
De haber sido,
de seguir siendo,
de llegar sin llegar,
de instalarse a medio camino,
de dar miedo, de no poder,
de no querer,
de que te persigan hasta cuando no haces nada,
de dejar muchas vidas atrás,
de perderlo todo,
de empezar de nuevo,
de cero, de abajo,
de las colas, de la ley,
de mi viejo NIE,
de la oportunidad que me dieron,
de todo lo que les debo,
de la maternidad solitaria,
de mi nueva familia,
de jurar ante el rey.
Vivo en España hace dieciocho años,
pero en realidad
habito Panchilandia,
donde todo el mundo sonríe y nos habla con cariño.
Dicen con cariño panchi, panchita, machupicchu, fiesta nacional.
El chiste con el que dicen quererme
hace que parezca normal que no me quieran.
En Forocoches somos la fauna cuyo hábitat es un centro comercial.
Me hablan de la peruanita que le limpia la casa a su amiga Pepa,
qué buena es, se puede confiar en ella.
Creen que es un tema de conversación
que pueden tener conmigo
porque yo también soy una peruanita confiable.
¿Me habrán blanqueado?
¿Cuándo voy a integrarme?
Qué pelo hermoso,
crin de caballo,
qué bien haces el pollo frito.

Qué piel, qué suave,
qué dientes, qué manitos,
tan pequeñas y morenitas.
Podría bajar un bloque de hielo
de la cordillera en mi espalda
para purificar la cosecha.
Me aplaudirías.

Me he reproducido como una flor de cactus
en este territorio ajeno que voy haciendo mío.
Con una mujer blanca y un hombre cholo,
enredamos nuestras tres lenguas para fabricar otro nido.
Polinizados por el picaflor de garganta rubí.

Pero en los parques infantiles soy la niñera de mi hijo
o de cualquiera de sus hijos, de sus madres, de sus padres.
Ni siquiera sé llorar con decoro en los velorios.
Y tampoco quiero.
Solo sé hacer el indio ante la muerte.
Mi teatralidad de culebrón, mis celos endemoniados,
mis exabruptos.
Pero no volverán a cortar mi larga y negra trenza
para tirársela a los perros.

Minucias del privilegio de la migración con papeles.
Hay tantos, sin embargo,
que no volverán a ver sus ríos.
Apenas la odisea
y el agujero negro del interno
en el limbo del refugio.
Los que están aquí mejor que en el otro infierno.
Todo pasa,
encadenándose de norte a sur
como las parras en primavera
Como las pelotas de goma que disparan
mientras nadas en el tramo Marruecos-Ceuta.
Como una zapatilla Nike flotando en el Tarajal.
Mientras el rey esquía

con un completísimo equipo para la nieve.

Nunca dejamos de buscar lo que fuimos
para comenzar a ser lo que soñamos.
En un movimiento que nos aleja de la frontera,
ese lugar entre la vida y la muerte
en la que un diputado de derechas abraza a la policía.

Europa, les disparas en sus países,
les disparas en tus colonias,
les disparas en el agua,
les disparas en las fronteras,
les disparas en sus casas,
les disparas en el corazón.
Mi profesora de geografía en Perú,
la que me enseñó la escala,
la latitud y la longitud del mundo,
le cambia el pañal a tu padre, España.
Ten un poco de decencia.

Luego de un invierno frío como pocas veces se recuerda, siete nativos zulúes murieron de neumonía y gripes fuertes en el llamado, irónicamente, Jardín de Aclimatación. Algunos de los visitantes habían dejado caer con admiración, un tanto miope a decir verdad, la resistencia de aquellas personas calzadas con ojotas y taparrabos a las bajas temperaturas parisinas. También habían elogiado su nobleza innata y su maravillosa simplicidad.

Qué eficazmente ilustrativo les pareció a los paseantes aprender los principios de las ciencias naturales y etnográficas de esta manera y confirmar que Darwin tenía razón: ellos son ellos, los demás son los otros. Se ha construido la otredad.

Pero los curadores franceses quieren ir más allá y han ideado una nueva exposición que se distingue de las exposiciones coloniales habituales. En una de las zonas más frondosas de las 19 hectáreas del jardín, entre las casas de imitación adobe de los nubios, el ficticio campamento de tiendas de los lapones y las cuevas pintadas de los bosquimanos se levanta el Tahuantinsuyo, la exhibición de indígenas peruanos y sus costumbres, la última atracción de la temporada, simulación de otro imperio, uno ya desaparecido, el Incanato.

Unas treinta personas traídas desde Cusco para esta muestra efímera, performan un pasado que el imperio español destruyó por ignorancia y codicia. Con esa mirada de suficiencia, el imperio colonial francés añora lo que podría seguir en pie del antiguo y glorioso reino inca de no ser por el estropicio perpetrado por la corona española. Hablamos de Francia, cuya soberanía terrestre por aquel entonces ya abarcaba todos los continentes.

Los indígenas, ataviados como autoridades incas o hijas del sol para la ocasión, muestran en directo para los visitantes su pericia en las artes manuales, sobre todo la cerámica, la orfebrería y el tejido. Su arte, claro, resulta mediocre para el observador europeo, casi sin alma, en comparación con cualquier expresión plástica local, pero reconocen su valor testimonial. Alguien se sonroja con un huaco erótico expuesto como parte del decorado y no sabe que Charles Wiener ya había calificado a esas figurillas de barro como impúdicas y repulsivas, capaces de traducir en su inocencia naif una

corrupción senil. Aquí se puede ver cómo son moldeadas las esculturas por pequeñas manos morenas de nudillos negrísimos. Esto es mejor que ir al cine, es la conclusión general.

Si en la exposición «Pueblo Negro» la idea de los curadores había sido crear esa ilusión exotista de naturaleza salvaje, lo más cercana posible a su remoto mundo, transmitir el peligro de los hombres y la hipersexualidad de las mujeres de las tribus del norte de África conquistadas con crueldad por ejércitos armados hasta los dientes, en la muestra Tahuantinsuyo se intenta recrear un pasado perdido con el ingrediente de la nostalgia. Una utopía rota por la furia conquistadora española y por el soplo vulgar de ingentes cantidades de arena y olvido sobre el sol de los incas. Se trata del señalamiento ilustrado del cientificismo galo a la barbarie de la monarquía hispana convertida en un parque de atracciones crítico. Y es, claro, una autocelebración. Mientras los franceses juegan a la arqueología en Perú, en África reducen a la mitad a la población negra y sientan las bases del racismo científico.

En el recorrido del oasis que no verá Atahualpa, unos maniquíes un poco grotescos, barbudos con armaduras y lanzas sobre unos caballos inertes de papel maché parecen acercarse listos para el asalto. Se dirigen a esa especie de gran complejo precolombino dispuesto a manera de una ciudadela perdida entre arbustos tropicales a las faldas de una montaña.

El público delira ante la visión de los indios contextualizados entre bloques de tecnopor pintados como pedrolos labrados. Los pequeños edificios se concentran alrededor de una plaza cuyo centro es una pirámide que limita con una roca plana en la que de vez en cuando uno de los autóctonos se tumba simulando la posición de sacrificio ritual.

Las decenas de viviendas son pequeñas chozas debidamente decoradas con vasijas de oro falso dispuestas sobre las hornacinas. Al lado de cada casa hay un corral en el que pasta una llama. Una mujer quechua da de mamar a su bebé colgado de ella con una manta tejida de rojos intensos al tiempo que mastica una bola de coca para combatir el frío y un hilo verde se desliza desde la comisura de sus labios hasta el suelo, formando un charquito. Todo el conjunto está rodeado por una larga valla de esteras que impide el paso de un universo al otro. Pero de vez en cuando, un niño vestido de pantalones cortos estira la mano para tocar las trenzas blancas y brillantes de una anciana vidente.

Para entonces, ya el Perú se ha independizado de España pero los contratos de semiesclavitud siguen vigentes. Cuando los indígenas de la

exposición Tahuantinsuyo fueron llevados hasta allí en un barco se temió que pudieran enfermar de alguno de los virus del momento pero han muerto menos de los que esperaban. Es verdad que uno de ellos se suicidó colgándose de una rama. Fue inesperado y aterrador. Amaneció ahí, flotando en el aire en medio de la neblina, como la momia de una mariposa gigante que nunca va a emerger del capullo. En el zoo nadie imaginaba que los indígenas conocieran algo tan sofisticado como el suicidio.

Esta tarde, en la última jornada, se han vendido mil entradas y la gente ya se agolpa formando largas filas alrededor de los zoológicos humanos y el resto de exposiciones. Lo primero que ven quienes acaban de acceder al Tahuantinsuyo es a una decena de niños descalzos que corren tras un perro sin pelo en una algarabía sin etnia. Uno de ellos se detiene, se apoya en un muro, un poco agitado, y dirige su mirada a la gente anhelante por entrar. Los colores de su poncho de diseños de serpientes bicéfalas y olas de mar roído por el tiempo reverberan al fulgor de la débil resolana. Una mujer muy arreglada ve que el niño se ha alejado de su grupo y le pide que se acerque. Le da unos granos de maíz tostado que reparten en bolsas en la puerta para interactuar con los indios. ¿De dónde eres?, le pregunta. El niño le contesta en perfecto francés: soy de Perú. ¿Cómo te llamas? Juan. ¿Y tu mamá? El niño ya no contesta. Corre en busca de sus compañeros y su rastro se pierde en el riachuelo artificial.